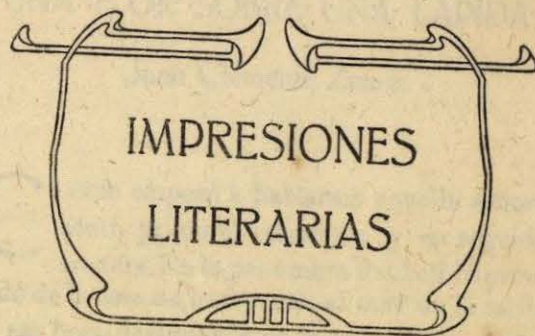


campanas de las fiestas intelectuales. Llama a los fieles a las ceremonias del progreso. Es preciso ir; y no solamente ir, sino arrastrar a los reacios; enardecer a los indiferentes.

El escepticismo es una enfermedad que desnutre el espíritu. Es la anemia del corazón. Quien sienta este daño no debe cometer el crimen de restregar su llaga en la carne sana de la niñez y la juventud. Debe negar sus dolores. Debe ocultar su cáncer. Debe predicar la salud moral, la religión de la fe, el culto del entusiasmo.

Y por la pujanza del carácter y por la encendida antorcha de la intelectualidad, y por el impulso adorable del sentimiento, se ha de ir transformando el ambiente de frivolidad de que habla la opinión pública, en saludable atmósfera de virtud y de bien. La verdad y la belleza triunfarán en breve.

Que abra sus puertas el Ateneo al aire de la calle. Silencio. Tiene la palabra el doctor González Lanuza.



UNA FLOR SOBRE UNA LÁPIDA

Juan Clemente Zenea.

CUANDO empezó a hablarme aquella señora, sentí, primero, extrañeza, y, en seguida, tristeza. En la penumbra del *hall* improvisado de la casa de huéspedes, al caer de la tarde, en esa hora desazonada en la que tienen vaguedad cosas y pensamientos, una figura de mujer, frente a mí, evocaba escondidas añoranzas. Apenas podía yo distinguir su rostro, cubierto por un claro velo. Apenas percibía la blancura de su traje sobre la gris madera de la mecedora. Una silueta magra y fina, el contorno expresivo de unas manos largas, la quieta actitud, llena de distinción y fragilidad, de un cuerpo femenino, y la voz, una voz de inflexiones suaves, lánguida y apacible...

Todo ello se desvaneció, como en un rompi-

miento de gloria, en el instante en que oí esta frase inesperada:

—Soy la hija de Juan Clemente Zenea.

Este nombre me encendió la memoria. La visión de mi niñez me llenó el espíritu. Me vi en las bancas de la escuela, releyendo mi libro. El salón muy amplio; muy llenas de luz blanca las ventanas. En los enfilados pupitres la chiquillería del barrio. Los muros cubiertos de cartas geográficas. Y en los sueños de la infancia, en la fantasía recién nacida, sonando la campanita de cristal de un verso límpido. No me daba entonces cuenta de lo que era el dolor humano; pero ciertas expresiones, ciertos gritos rimados, resonaban dentro de mí, como despertando ecos remotos de misterios vividos.

En mi paraíso escolar aprendí muchas estrofas. Gustaba de llevarlas a mi casa como quien lleva un regalo para los hermanitos. Recitábalas allí, con énfasis pueril, ante un bullicioso auditorio de rapaces, no siempre dispuestos a escucharme de buen grado. En mi libro de lectura había páginas favoritas que yo repasaba a diario y que eran como mi oración cotidiana: *Nocturno*; *En días de esclavitud*; *A una golondrina*. Agua mansa de ternura; queja de paloma en agonía; pureza de lágrima; eso sentía pasar por

mi espíritu, en la hora infantil y delicada de mis primeras ilusiones. Y ese despertar armonioso en la primavera del sentimiento, me traía el nombre de un poeta; y este nombre lo repetían mis labios con filial unción, en mi hogar, en mi escuela, al salir de clase, en el corro callejero de los muchachos, a solas, en el silencio de mi alcobilla desmantelada. Y ese nombre, venido de muy lejos, de los días dorados de mi felicidad, volvía a caer en mi vida. El Destino lo lanzaba como una piedra al árbol otoñal de mi corazón, que desnudo ya de hojas frescas, mustio y seco como está, todavía dejó escapar algunos pájaros asustados, algunas añoranzas escondidas.

Mientras la señora hablaba, despejada y fácilmente, yo la oía; y los recuerdos picaban—chispas inquietas—la obscuridad de mi cerebro.

—El 25 de este mes de agosto será el aniversario del fusilamiento de mi padre; deseo que varias personas visiten, ese día, el sagrado lugar donde murió el mártir y en el que una humilde lápida y una sencilla leyenda conmemoran el doloroso y glorioso trance. Mi padre vivió en la tierra de usted; mi padre la cantó. ¿Quiere usted acompañarme a la ceremonia?

—Sí, señora—contesté respetuosamente, no sin ligera y encubierta emoción—; iré a rendir

un homenaje de perenne admiración a ese gran soñador, en nombre de la poesía mejicana. Y si usted me lo permite, leeré allí las quintillas: *A una golondrina*.

Al pedir esto a *Piedad*, a la niña que pasa por los cantos del poeta como por un jardín de inmortales rosas, el recuerdo y la tristeza, la nostalgia y el ensueño, comenzaron a urdir su tela de Penélope y entretuvieron por largo tiempo mis acostumbradas cavilaciones.



Medio siglo ha pasado sobre la obra de Juan Clemente Zenea. Y, sin embargo, no sólo la poesía, que cuando es verdadera es imperecedera, sino la forma, que suele estar sujeta a la veleidad del gusto y a la destrucción de los años, se conserva casi intacta, apenas levemente patinada por un suave tinte arcaico que antes le aumenta interés que menguarle belleza. Esa versificación, que encierra en sus primores rítmicos un delicado sentimiento romántico, es de un tipo marcadamente clásico. El ánfora está labrada con sobriedad y tersura cuidadosas, por más que el vino hierva aún en el fondo, como dicen de la milagrosa sangre de un santo. Y no es que en el pulimento se note la paciente labor de un artifi-

ce, que a falta de brío inspirador pone un meditado esfuerzo en la exteriorización de su pensamiento; no. Es que el rimador posee un temperamento exquisito, un fino sentimiento musical; y con estas cualidades perfeccionadas y entonadas por la educación, por la cultura literaria, puede el artista alcanzar esas modalidades verbales tan simples, tan nitidas, tan puras, que la emoción y la idea se transparentan en ellas, como si estuviesen guardadas en un pomo de vidrio veneciano. No es opulento Zenea; pero elegante sí lo es. A veces, por su dicción se desliza tal cual vocablo anticuado, puesto a drede, cual una clave de oro, en el arco airoso de un verso:

Otras veces, un giro gallardo, un inflexible hipébaton, un castizo modismo, una *lira* que imita la cadencia aterciopelada de Fray Luis, una acentuación endecasilábica que recuerda el murmullo de linfa de las églogas de Garcilaso, señalan procedencias y parentescos con la vieja lírica española. El instrumento verbal es, en Zenea, de una admirable justeza. Nada dice él demás en sus arranques de inspiración oratoria, ni en sus canciones amorosas, en sus lamentaciones íntimas, en sus juveniles deliquios, que, cuando los escuchamos, nos producen la sensación voluptuosa de estar acariciando un ave se-

deña. Su pasión, que tiende a desbordarse, encontrará casi siempre los diques naturales de una forma severa y simple. De cuando en cuando, el soplo ardoroso de la ira sacude en la oda que llamea, o en la fulguración de la silva, el hierro, un poco mohoso, aunque siempre de viril sonoridad, de la estrofa quintanescas. Es que en el libro de Zenea se revela, aquí y allá, el poeta civil, el enardecedor de los sentimientos populares, el que necesita de la entonación tirteica para llevarse en pos de sí las muchedumbres.

Yo prefiero el poeta de la ternura al tribuno lírico, aunque en el gemido del sufrimiento, hondo y lacrimoso, se deslice, en ocasiones, el fiero y noble orgullo del hombre superior, del que tremola una bandera de ideal por encima de la multitud envilecida. Prefiero al soñador melancólico, al joyero de los romances y de las octavillas, al intérprete de Musset, de Leopardi y de Heine, al incomparable paisajista de esos serenos cuadros de los *Cantos de la tarde*, al enamorado nostálgico que, viendo el pálido y frío sol del Norte, reclina la cabeza en el pecho de la amada y llora por Cuba. Y sobre todos, prefiero al prisionero doliente, al Macías de la libertad, al que un día vió pasar por las rejas de su calabozo una golondrina mensajera, al que es-

cribió en la helada sombra de una bartolina el *Diario de un mártir*.

Zenea versificó su vida. Y como de la realidad arrancan sus versos, la poesía suya es una emocionante confidencia rimada. Se oyen, a cada momento, las tres voces sagradas: patria, amor y muerte.

Del romance *Fidelia* a la silva *Infelicia*, culebra un dolor sin desesperación, un dolor resignado y creyente, como por un cauce de flores cruza un río sin desbordamientos. Y la tersura de su estilo no es sino la manifestación de esa apacible tristeza, que, como cielo en noche de estío, abre de tiempo en tiempo, en el horizonte, el ala gigantesca del relámpago. Pero ese espíritu de mansedumbre y de piedad, no desfallece. Enhiesto sufre la tortura del desencanto y de la fatalidad. Es un poeta; es un patriota; es un elegido; es un predestinado.

¿Que cuáles versos me agradan más?

Ya lo dije: todos los de nitidez y ternura. El romance *Fidelia* es maravilloso. Y con él unas diez o doce composiciones pequeñas (*Las sombras*, *Celos*, *¡Duerme en paz!*, *Ay de mí*, *No me olvides*, *La despedida*...) que brillan, como perlas negras, en la diadema de su musa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Zenea metrifica adorablemente. En el manejo del romance es insuperable. Claro que esos esbeltos octosilabos están hechos a la antigua usanza, propagada después por los románticos españoles—el Duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla—, según la cual, el romance se divide en estrofas regulares de cuatro versos, indicio fijo de que es, en su origen, una derivación, una adaptación fonética de las rudas monorrimas de los *cantares de gesta*. Pero, no obstante, es tan plástico el verso de Zenea, corre tan blandamente la acentuación por él, que no parece sino que es, en lugar de una genuina y hermosa antigualla, una flamante combinación de la poética moderna. En la canción de arte menor, que, como un pájaro, trina en jaula de oro, y, como un nardo, aroma en tiesto de porcelana; en esa frágil, sutil y breve expresión, que sabe el secreto de decir poco y hacer sentir mucho, Juan Clemente Zenea es un maestro.

Y luego, como a pesar de su apego clásico, de la pulidez de su lenguaje, de su veneración por las formas consagradas, de su conocimiento de las literaturas extranjeras, el poeta cubano ponía el fuego de su alma tropical en las imágenes, y el color de su cielo y de su suelo, y los rumores de su mar, y la frescura de sus brisas, y

el sensual movimiento de sus palmeras, en todos sus versos, en todas sus palabras, en todos sus ritmos, tiene para nosotros un doble encanto; es por ese sentimiento de la Naturaleza, por esa expresión cálida y lánguida, por esa remembranza incesante de su tierra y de las cosas de su tierra, más que un poeta antillano, un verdadero, un gran poeta americano.

Este es el hechizo de Zenea: inspiración y forma limpias; alto ideal de bien y de amor; consagración y sacrificio. Eso es lo que se ve en el libro que tengo entre las manos y que me recuerda aquel otro libro de mi niñez sobre cuyas páginas se abrieron mis primeros sueños arrullados por el canto divino de este poeta del amor, del dolor y de la ternura.

Vuelvo de la visita a la prisión de la *Cabaña*. Sobre una colina de la bahía, se alza la ruina de esta gran fortaleza, de esta construcción feudal que simboliza la crueldad hosca y soberbia de una época y de un pueblo. ¡Qué recios los muros; qué extensas las crujías; qué helada sombra la de los calabozos; qué huella de sufrimiento y de crimen, y de pavor por todas partes! En el ángulo de un patio amplísimo, incrustada en

una vieja pared, está la piedra conmemorativa donde, en caracteres semiborrados, la gratitud y el amor dicen que allí cayó, destrozado por las balas, el cuerpo del poeta.

La ceremonia fué silenciosa; pero fué impresionante. La presenciaban muchas mujeres y muchos niños. Ellos y ellas llevaban su ofrenda de flores. La primera dama de la República, la señora de Menocal, demostraba con su presencia cómo para rendir homenaje al genio y culto, a la bondad y a la poesía, no hay más que una jerarquía y una nobleza: las del alma.

—Tiene usted razón, inteligente hija del mártir: si la mujer no tuviese perpetuamente encendida la lámpara de su corazón frente al ideal, el arte, la poesía, el sentimiento de la belleza, se hubieran muerto entre las sombras de su altar olvidado.

La palabra nutrida de sabiduría del maestro Varona rompió, con vibraciones de emoción, el silencio. El maestro Varona es un alto profesor de fe y esperanza. Al ensalzar los sacrificios pasados dijo buenas y santas cosas de amor a la libertad y a la patria. El nieto del *Lugareño*, el *Conde Kostia* y yo recitamos versos de *Zenea*. *Kostia* tuvo acentos conmovedores. No tronó un aplauso. No se alzó un comentario.

Una medrosa tristeza, una callada melancolía acompañaron a la hija del poeta sacrificado a la dulce *Piedad*, a la niña soñada y llamada aquí, en el horror de esta fortaleza, por una voz que melificaba la ternura y humedecían las lágrimas...

Y al salir, contemplando desde la altura de la *Cabaña* la maravilla de un crepúsculo fastuoso que tornaba joyante la inmensidad del mar, y envolvía el caserío de la ciudad en un vaho de nácar, recité a media voz:

Baja Arturo al Occidente
bañado en púrpura regia,
y al soplar del manso Alisia,
las eolias harpas suenan.
Gime el ave sobre un sauce,
perezosa y soñolienta,
se respira un fresco ambiente,
huele el campo a flores nuevas...

Unas golondrinas que descendían como yo, rumbo a la Habana, parece que se iban interesando en la recitación. Cualquiera, al sorprenderlas tan aparentemente atentas, hubiera dicho que eran personas de la comitiva y que estaban satisfechas de haber visto plantar un ciprés sobre la tumba del poeta.

EL DÍA DE LOS HÉROES CUBANOS

Fué aquella una tarde sin sol. A la orilla del mar, frente al horizonte de plata, la muchedumbre se aglomeraba, en colorido abigarramiento. Dominaba el blanco de los trajes masculinos, roto en muchas partes, por las notas crudas—azules, rojas, amarillas—de los pañuelos de seda, de las blusas y de las faldas femeninas. La mujer de color, entre el pueblo, gusta de ataviarse con telas de matices chillantes y fuertes que armonizan muy bien con la carne de ébano, y entonan admirablemente en esta atmósfera de claridad magnífica. Las muchedumbres en este país dan la impresión de un cuadro mural en movimiento. Es un tumultuoso torrente de colores el que pasa ante nuestra vista. Es el azul de Rubens, el púrpura de Ticiano, el oro de Veronés, el gris de Velázquez, el negro de Rembrandt que van y vienen, se empastan

sin perder su valor, se agregan sin confundirse, se juntan sin mezclarse en un fondo de rara luminosidad como los cielos de Tintoreto. Los ojos, ante las multitudes de esta tierra radiante, sufren un extraño encantamiento que es como un hipnotismo en que nos adormece la claridad en ebullición.

A la orilla del mar, frente al horizonte de plata, aquella tarde me confundí en la multitud; y moviendo los codos a manera de remos, me abrí paso en la estancada corriente del pueblo, que iba a presenciar una cosa muy simple y muy conmovedora, muy sencilla y muy interesante: la colocación de la primera piedra del monumento a Maceo. El señor presidente de la República tenía el encargo de poner, con sus manos representativas, el primer sillar labrado del pedestal que sostendrá en breve la arrogante figura del atleta, que, según la frase lapidaria del General Miró, era *él solo, toda la batalla*.—Si, es verdad; él solo pudo, en un momento de la historia cubana, resumir y sintetizar en su gallarda imagen el aspecto de toda una epopeya de libertad y de patria.

Confieso que mi curiosidad estaba tejida con

hilos de emoción y de recuerdo. Iba yo también a presenciar una ceremonia de significación nacional; pero en la que no me sentía un testigo extranjero, un convidado indiferente, sino el fiel devoto de una memoria sagrada. No usurpaba mi puesto, lo merecía. Porque desde mi juventud amé el genio del hombre a quien va a recordar, en perdurable materia, la gratitud de un pueblo que todavía se estremece de pasión cuando pasan por sus fastos la falange de los héroes y el desfile de los mártires.

Y en tanto que llegaba el momento del *acto oficial*, que, como todos los de su especie, resultó un poco frío por ritualesco y parsimonioso, me puse a hilvanar visiones pretéricas, sacándolas de sus escondrijos empenumbrados, y limpiándoles, cuidadosa y delicadamente, el polvo del olvido.

¡Qué bien hallado me sentía entre aquella multitud, a la orilla del *Malecón*, junto a aquel mar de turquesa y diamante, y frente a aquel horizonte de blancura de plata virgen!



Recordé.—Veinte años atrás; más de veinte años; *toda una juventud*. No era la tarde que acababa de evocar, como la del último martes, ar-

gentada y de pálida amargura. Era una tarde de sol—no la olvidaré—; limpia, diáfana, de aire dorado y lejanías de cristal. Yo caminaba con rumbo al Paseo de la Reforma, en mi Méjico, y aspiraba un fresco olor de tierra mojada, porque horas antes había caído en la ciudad un torrencial aguacero. Los amigos nos habíamos dado cita en el taller del escultor Contreras, y me acuerdo de que, durante el camino, iba pensando en que quizá, por causa de la lluvia, no todos los compañeros asistirían a la reunión. Se nos había llamado a literatos y a periodistas para que viéramos una estatua, en bronce, de Nicolás Bravo, generoso héroe de nuestra Independencia. Concebida y modelada por Contreras, y fundida en los amplios talleres que éste dirigía, la obra artística estaba destinada a decorar un paseo de la vecina ciudad de Puebla. —Justo Sierra, Jesús Valenzuela, Manuel Gutiérrez Nájera, Federico Gamboa, Angel de Campo y otros muchos, habíamos recibido desde el día anterior la carta de invitación. El taller del artista—un hermoso taller, un salón de valiosos objetos de arte: cuadros, mármoles, *bibelots*, armas, tapicerías—nos era familiar. Lo considerábamos nuestro punto de reunión, nuestro mentidero literario. Allí charlábamos y leíamos y recitábamos ver-

sos, y, particularmente, nos divertíamos, entre una risa y un pitillo, en ver a aquel bello muchacho, que, con el largo cubrepolvo, tenía, de pies a cabeza, *el físico del empleo*, y que con sorprendente destreza plasmaba, en el informe montón de barro, la carne turgente de la modelo en *pose*.

Andando iba yo y pensando: —Ha llovido mucho; hoy no irán mis amigos al taller.

Pero fui mal agorero. La suerte, como de continuo, me reservaba una sorpresa. Entré en la fundición sin sospechar lo que la casualidad me preparaba. En un cobertizo del fondo vi, desde lejos, el grupo: todos estaban; distinguí la sobresaliente estatura del maestro Sierra—blanca y soberana cabeza de Zeus bondadoso—; la silueta airosa y noble de Valenzuela; la encantadora fealdad japonesa de Gutiérrez Nájera; la *teslotnia sventata* de Jesús Urrusta; el perfil de ratón travieso de Angel de Campo. Todos estaban en derredor del bronce gigantesco, del héroe magnificado por la plástica, erguido dentro de su viejo y rígido uniforme, de rostro juvenil y aguileño, cuya energía suavizaba una vaga sonrisa de piedad. Y esta sonrisa explicaba el gesto de la mano abierta sobre el pecho, semicrispada aún por el dolor y floja ya por la misericordia.

Todos estaban allí; pero, ¡cosa extraña!, callados, inmóviles, atentísimos. Y entonces fué cuando, acercándome, empecé a oír una voz, y luego una palabra, y un final de discurso. La voz salía del centro del grupo; yo no alcanzaba a ver a la persona que hablaba; una voz de barítono atemorado, una linda voz cálida y emotiva, que parecía salir del corazón, sin pasar por los labios, y así, entrar en nuestra alma, por un milagro del sentimiento. Las palabras eran finas, nuevas, musicales, y armónicamente dispuestas, como gemas combinadas en el broche deslumbrante de un joyel. El discurso analizaba la estatua; ponderaba la ejecución; comentaba la actitud; ensalzaba la generosidad del héroe y la interpretación del artista.

Yo no oía; escuchaba, sentía, en un recogimiento pleno de elevación. ¿Quién derramaba así caudal tan espontáneo de elocuencia, vena tan rica de pasión y de fantasía? ¿Quién estaba improvisando arenga tan fastuosa, de sonoridades de clarín y de velos de bandera desplegada? Mi admiración corría parejas con mi turbación. Aquel orador me era desconocido. Su acento, ligeramente costeño, resultaba para mí un enigma. Cuando terminó, un aplauso unánime y un grito de entusiasmo desahogaron las emo-

ciones, se abrió el grupo y dió paso a un hombre pálido, nervioso, de cabello obscuro y lacio, de bigote espeso bajo la nariz apolínea, de frente muy ancha, ancha como un horizonte, de pequeños y hundidos ojos, muy fulgurantes—de fulgor sideral. Sonreía; ¡qué infantil y luminosa sonrisa! Me pareció que un halo eléctrico lo rodeaba. Venía hablando todavía, como si el sonoro río del discurso se hubiese convertido en murmurador arroyuelo de palique. Mis amigos me vieron y corrieron a mí, agitando los brazos:

—¡Ven, ven!—exclamaron—. ¡Es José Martí!

Y desde entonces supe lo que era un gran poeta, un gran tribuno, un gran apóstol, un gran patriota, un gran hombre de bien de la tierra cubana. Mi maestro Justo Sierra, Gutiérrez Nájera y yo lo veíamos tarde por tarde. En los largos paseos a Chapultepec, con el inseparable y fidelísimo Manuel Mercado, y con nosotros, a los que frecuentemente se agregaba Peón y Contreras, espléndido soñador, oí a Martí una serie interminable de oraciones, de divagaciones, de narraciones sobre los hombres y las cosas y la revolución de Cuba. Su fe no tenía límite. Su esperanza estaba fincada sobre un anhelo inmovible como una montaña. Era un conversa-

dor que, por natural inclinación, tomaba instantáneamente la entonación oratoria.

Su imaginación de poeta era torrencial, inagotable. A cada momento brincaba el tropo, culebreaba el símil, se abría, como una flor, la metáfora. Era el suyo un estilo peculiar sobrecargado de color y de luz. Tenía salidas inesperadas; imprevistas torceduras del concepto; bruscos arrebatos de la dicción; sorprendentes hallazgos del neologismo. Su verbosidad era desconcertante y fascinadora. Había viajado y visto mucha vida y, para traer a la charla cualquier pertinente episodio, recorría, aligero y palmo a palmo, la prodigiosa comarca de su memoria. Amaba infinitamente la belleza y poseía el don magno de saber analizarla y comprenderla.

Era un crítico.

Artista supremo, pensador eminente, todo su arte y toda su ciencia, todo su talento, y todo su sentimiento y todas sus voliciones, estaban al servicio de la causa de la libertad. A ella se refería sin desfallecer. Todo su espíritu transitaba por un solo camino. Se le humedecían los ojos cuando pensaba en su único sueño. Yo le sorprendí, a veces, una silueta de Cristo. Sus paliques, me sonaban a Sermón de la Montaña.

Así lo conocí, en Méjico, en mi Méjico, un

nido caliente de admiración y de cariño para José Martí, desde 1873.

Así convivió con nosotros en mil ochocientos noventa y cuatro, poco más de un mes, de paso, rumbo a la revolución, a la muerte, a la gloria. Así, admirando a este singular tipo humano, de tenacidad, de verdad, de bondad extraordinarias, fui entregando el espíritu y la atención y el corazón a la luchadora existencia de esta isla deliciosa, la que rompio, no sin dolor ni sacrificio, el último eslabón de la cadena de hierro que cayó, por fin, en el mar.

Nos apasionamos por la revolución cubana los jóvenes de aquel tiempo.

Y un día de mayo de 1895, Justo Sierra, mi padre, mi maestro, mi guía—ya sólo vivo en el recuerdo de los que le amamos—vino a buscarme a mi oficina ministerial. Se sentó junto a mí; sacó del bolsillo de su *jaquet* un pliego pequeño, y apoyando los brazos en la mesa donde yo arreglaba expedientes de obras públicas, me leyó un soneto. Acababa de componerlo, el pulso trémulo y la mirada turbia.—Mi maestro era un niño para sentir.—Cuando concluyó la lectura nos quedamos silenciosos y pensativos. La cabeza olímpica y blanca de Justo Sierra permanecía inclinada, como mirando el papel, pero

absorta en quién sabe qué lejanas contemplaciones. El soneto era una elegía a Martí, cuya muerte, en medio del combate, nos acababa de anunciar, brevemente, el cable. Aún suenan en mi memoria los versos:

... En la lira de América, pondremos
tu cadáver, así lo llevaremos
en nuestros propios hombros a la Historia.

Me acuerdo que me acerqué al maestro y le besé la mano.

Cuando ahora, en mis caminatas de expatriado, paso frente al mármol de Martí, levanto los ojos, con el alma saludo al inmortal, y suelo pensar en aquel dolor, en aquella elegía, en aquel beso.

Martí era todo el ideal. Maceo era *toda la batalla*, dice bien don José Miró.

Los muchachos mejicanos seguíamos ansiosamente las proezas del *rayo de la guerra*. Las noticias de los periódicos, las cartas privadas, los cables, los artículos, las conversaciones, las opiniones, todo nos agitaba, con temblores de entusiasmo, como si estuviésemos en los campos

de batalla. Que Maceo está en Oriente; que pasó la Trocha; que burló la vigilancia del Mariel; que combatió en Pinar del Río; que le teme Martínez Campos; que lo persigue Weyler; la mentira, la verdad, el incidente, el drama entero, nos mantenían dentro de una intensa inquietud. Maceo llenaba nuestra vida con su nombre. Lo seguíamos, y lo adivinábamos siempre incansable, siempre fuerte, siempre arrojado, siempre victorioso. Era un héroe de epopeya primitiva que llevaba en sí un poder maravilloso. Jamás creímos en que fuese vencido. Le llamaba, para nosotros, la Victoria. El mar nos estorbaba porque atajaba nuestra curiosidad.

Y en las polémicas periodísticas luchábamos contra los escritores españoles, y contra los rancios españolistas, con un sincero enardecimiento. La causa de la libertad cubana era nuestra causa. A falta de armas de acero y de fuego, el verso y la prosa eran nuestras armas. Cantábamos y peleábamos, en batalla verbal (¡gran batalla!) por Cuba.

Y así fué cómo nos enamoramos de Maceo. Su retrato colgaba de la pared de nuestras casas.

Las mujeres al salir de las tiendas, los hombres al salir de las oficinas, los niños al salir de las

escuelas, lo pregonaban, lo gritaban atronadamente.

No había estudiante, no había joven que no llevara en el ojal de la solapa un botón con el retrato de Maceo y con la *estrella solitaria*.

Cuando Maceo murió, los corazones mejicanos se prendieron un crespón de luto.

Y torna a mí el recuerdo, cargado de pormenores. Vuelve a presentármeme el taller de Jesús Contreras. El escultor había trabajado, con afectuoso esmero, un busto de Antonio Maceo; la cabeza vigorosísima; el rostro franco, audaz, voluntarioso; serena la frente y enérgica; anchas las ventanas de la nariz, denotando el sensual temperamento de la raza; amablemente seria la boca, como avara de palabras; honda y recta la mirada, dispuesto a encenderse en la fiereza de la cólera. El busto era de *terracota*, y, como sobre un altar, estaba colocado sobre una chimenea antigua de columnillas historiadas. Allí los fervientes, dejábamos nuestra ofrenda de flores.

Una mañana, en que llegué, intempestivamente al taller, en busca del artista, encontré sola a la modelo, una mozuela de diez y ocho años, de formas esbeltas y cabellera blonda.

Esperaba también al escultor para principiar

la tarea; pero antes, se ocupaba en atar, con un listón blanco y azul, un manojo de rosas.

—¿Qué hace usted?—le pregunté.

Y ella, mirando el busto de terracota, me contestó.

—Son para Maceo. Todos los días le traigo este regalo...

En eso meditaba yo, mientras el señor Presidente de la República colocaba la primera piedra del monumento al *Titán*, y el mar de turquesa y diamante, como satisfecho de contemplar un pueblo libre, dormía su grandeza bajo el cielo de plata de la tarde. Confundido entre el pueblo, sentí la caricia de lo pasado.

Ya lo sé. Nada nuevo he dicho.

Nuevo, no; pero mío, enteramente mío, sí.

